

En definitiva, este trabajo pretende dar cuenta de que todas las categorías con las que funcionamos: género, amor, heterosexualidad etc., no son en modo alguno verdades intemporales, sino que dependen de la consideración de una *mirada*, y que todos estos conceptos surgen en un momento histórico dado en base a una serie de prácticas sociales. Y del mismo modo, cuando finalicen estas prácticas sociales, también finalizarán las categorías que comenzaron con ellas.

Así, bajo algunas de estas categorías, este libro explica cómo a lo largo de la historia, se produce una opresión simbólica de las mujeres. Y todo este análisis ha sido posible bajo las aportaciones de Francisco Vázquez García, Elvira Burgos, Silvia Tubert, Raquel Osborne, Isabel Morant, María José de la Pascua, Maite Larrauri, Emilia M^a Durán y Olaya Fernández Guerrero.

NOTAS

¹ M^a Isabel del Val Valdivieso y Henar Gallego (eds), *Las huellas de Foucault en la historiografía. Poderes, cuerpos y deseos*. Ed. Icaria, Barcelona, 2013, p.23

² *Ibid.*, pp.73-74

Antonio MORENO PARRIZAS

REVEL, J. (2010). *Foucault: un pensamiento de lo discontinuo*. Buenos Aires. Amorrortu. 2014.

Desde la muerte de Michel Foucault en 1984 podemos encontrar dos grandes momentos de convulsión para sus lectores e intérpretes. El primero de ellos lo constituyó la publicación, en 1994, de los cuatro tomos de *Dits et Écrits* en los que se recogían todos sus artículos, entrevistas, conferencias, seminarios y demás textos relativamente breves. El segundo momento, más reciente, comienza con la paulatina publicación desde 1997 de los cursos que el pensador francés dictó en el Collège de France. Estos trece volúmenes se han convertido en el legado, en cierta medida póstumo, de Foucault. Aunque se conoce su renuncia expresa a que se publicaran sus trabajos en curso después de su muerte, la editorial Gallimard y los herederos del filósofo acordaron desempolvar las viejas cintas magnetofónicas y las anotaciones de aquellos cursos y sacarlos a la luz.

Pese a todo el estatus de estas obras es, cuanto menos, problemático. Estos cursos no constituyen un corpus cerrado y completo sino más bien la exposición pública de investigaciones en ciernes que representan, en ocasiones, una reelaboración crítica de las propias posiciones de Foucault. En este espacio abierto de interpretaciones se inserta la obra de Judith Revel *Foucault, un pensamiento de lo discontinuo*, que trata de arrojar algo de luz sobre las complejas relaciones que el planteamiento foucaultiano despliega en sus casi tres décadas de producción.

Esta autora se ha especializado en sus últimas investigaciones en el análisis del Foucault de los años ochenta, momento en que el filósofo francés desplaza el centro de interés de sus reflexiones de la política hacia los modos de subjetivación. En este sentido, la obra que nos ocupa aparece como un elemento fundamental en la clarificación de ese movimiento, que para la autora supone más bien un desarrollo coherente que un retorno a ciertos elementos que el filósofo francés habría descartado años atrás.

En estas páginas Revel se propone la nada despreciable tarea de presentar una lectura de conjunto de la obra foucaultiana, tomando como problema central el de la *discontinuidad*. Esta idea permite vehicular un doble movimiento: por un lado analizar las diferentes elaboraciones de la noción de discontinuidad en la filosofía de Michel Foucault, y por otro aplicar esa misma categoría a los movimientos internos de tal obra, de suerte que la propuesta foucaultiana aparece como una reflexión discontinua acerca de la discontinuidad misma. Es así como la “caja de herramientas” del pensador francés tiene que habérselas con sus propias construcciones, en un movimiento que carga de interés la presente obra.

Partiendo de esta premisa podrá entenderse mejor una de las decisiones fundamentales de Revel a la hora de abordar esta tarea: la reconstrucción de la reflexión foucaultiana no se inscribirá sobre la base única y primera de sus grandes obras (los “libros”), sino sobre toda la “masa documental” que forma la producción completa del autor. Con ello, tanto los textos compilados en *Dits et Écrits* como los cursos dictados en el Collège de France pasan a ocupar un lugar central en la labor de pensar con Foucault.

La relevancia de esta decisión se traduce en una aproximación a las cesuras internas de la obra foucaultiana desde una posición que permite introducir matices y mediaciones, haciendo que las supuestas rupturas se conviertan más bien en desplazamientos en los que se puede rastrear una cierta coherencia interna. Así la tesis central de la obra defiende que, desde los primeros estudios en los años sesenta acerca del cambio histórico y de cómo es posible el paso de una *episteme* a otra, la pregunta por las transformaciones (en el seno de la historia, del poder, de los cuerpos, de las ciencias, de los sujetos...) vertebrada toda la investigación de Michel Foucault. De este modo el conjunto de su propuesta filosófica muestra una coherencia que no perciben quienes la diseccionan tratando de encontrar en ella unas rupturas insalvables que nos permitirían distinguir un primer, segundo y enésimo Foucault no sólo divergentes, sino incompatibles.

Lo más interesante de la lectura de Revel consiste, a mi entender, en que frente a esa interpretación, no trata de defender una coherencia basada en la continuidad absoluta que convirtiera la obra foucaultiana en un desarrollo homogéneo y acumulativo. En el juego conceptual que la autora toma del propio Foucault *discontinuidad* no se opone a *continuidad*, sino que ambas nociones van a ser transformadas por una definición del cambio basada en la incesante mutación y en la emergencia de lo diferente en el seno mismo de la continuidad. Con ello Judith Revel pretende instalar las mediaciones conceptuales necesarias en las supuestas cesuras de la filosofía foucaultiana para tratar de mostrar una coherencia interna que atraviesa tres décadas de pensamiento. Se trata, por tanto, de aplicar el concepto de discontinuidad, tal y como lo define Foucault, sobre la propia obra del filósofo.

Pertrechados con este andamiaje metodológico y conceptual alcanzamos la que se señala como primera gran crisis de su filosofía a comienzos de los años setenta. Los comentaristas han apuntado en estos años el paso de un Foucault interesado por la arqueología de los saberes, a otro que tiene por objetivo principal desarrollar una reflexión política sobre el presente, en un movimiento que va de la *arqueología* a la *genealogía* y que establecería una ruptura tanto metodológica como de contenido. Sin embargo, en la obra que nos ocupa, Judith

Revel trata de mostrar cómo, atendiendo a la creciente influencia de la filosofía nietzscheana, “la genealogía se constituye gradualmente y desde el propio interior de la arqueología” (p. 78). Más que una ruptura, según la autora, en este movimiento debemos ver un despliegue que marca el primer hito en la quiebra de las separaciones entre los tres ámbitos centrales de la reflexión de Michel Foucault: saber, poder y ética.

La segunda gran cesura de la obra Foucaultiana coincide también (aproximadamente) con el cambio de década. A comienzos de los años ochenta y, para sorpresa de muchos de sus contemporáneos, se produce una especie de *repliegue* de la obra foucaultiana sobre sí misma con la reaparición de un elemento denostado años atrás: el *sujeto*. Este viraje ha sido usualmente interpretado como una derrota del Foucault político y un abandono de toda posibilidad de construcción de un *nosotros*, en pos del retorno al individuo (incluso a veces asociado a un acercamiento displicente hacia el neoliberalismo y su promesa de relajación de los modos disciplinarios). Sin embargo para Revel tiene un significado completamente opuesto. Según su reconstrucción no se tratará ya de un Foucault cautivado por el fin del disciplinamiento y el surgimiento de la gubernamentalidad neoliberal, sino que este movimiento hacia el “cuidado de sí” se debe entender como una tendencia coherente con las reflexiones políticas de la década anterior y con la emergencia de la noción de *control*. Esta idea que se puede rastrear, aunque no sin problemas, en algunas páginas de *Vigilar y Castigar* y que fue desarrollada posteriormente por Gilles Deleuze en un texto ya célebre, marcaría el tránsito de una organización asentada en la disciplina a otra basada en el control. El foco de atención pasa entonces de los procesos de disciplina (elemento fundamental de la desubjetivación fordista) a las formas de control individualizado (subjetivación neoliberal); y de un discurso eminentemente político a otro centrado en los procesos de subjetivación de los individuos. De este modo las reflexiones éticas del Foucault de los ochenta se pueden leer como un desarrollo coherente de las investigaciones biopolíticas de la década anterior, deslizando únicamente su objeto.

Así ese viraje de Foucault hacia el sujeto, que es también un giro simultáneo hacia la ética y la estética, es entendido por Judith Revel no como

una aceptación implícita del individualismo neoliberal, sino como una exigencia también con la alteridad. De este modo no se concibe el cuidado de sí sin el cuidado de los otros, y el retorno al mundo grecolatino (especialmente su estudio de los cínicos) aparece como un desarrollo de las inquietudes políticas que centraron sus estudios en los años anteriores y como la búsqueda de una *vida otra* que se traduce en una “militancia como testimonio por la vida” (p. 225).

Esta redefinición de las relaciones entre política y ética permite a la autora abordar la cuestión de la *invención de sí* partiendo de las reflexiones acerca del poder. El problema es que, con ello, la idea foucaultiana de una interioridad de la resistencia respecto del poder parece tensarse hasta el punto de quebrarse en dos polos cuasi dialécticos. La resistencia es entendida por Revel como el proceso de subjetivación a través del cual puede aparecer esa *invención de sí* que es productiva y genera espacios de libertad. El poder, sin embargo, es presentado ahora como una fuerza meramente gestonaria (p. 209). Este movimiento, que remite a la distinción que Deleuze rescata de Spinoza entre *potestas* y *potentia*, abre el camino a interpretaciones que finalmente parecen hacer de la resistencia una figura exterior (y quizá anterior) al poder. En este sentido cabe reseñar la proximidad de esta propuesta con los análisis de Antonio Negri y Michael Hardt, especialmente en lo que concierne a su distinción entre *biopoder* (que parasita la creatividad de las multitudes) y *biopolítica* (potencia de esas multitudes conectadas), que en la última década ha constituido uno de los focos fundamentales de reinterpretación de la analítica del poder foucaultiana.

En mi opinión el gran problema al que se enfrenta esta interpretación del binomio poder-resistencia es que se termina alejando excesivamente de aquella formulación aparecida en *La voluntad de saber* y que resulta esencial para entender la obra de Michel Foucault: “donde hay poder, hay resistencia, y no obstante (precisamente por esto), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder”. La idea de un poder que es productivo antes que coactivo es, a mi entender, una de las grandes aportaciones del análisis del poder foucaultiano y en algunas formulaciones de la distinción entre biopoder y biopolítica ese matiz central queda desdibujado, en un movimiento que

parece recuperar algunos de los elementos de la tan criticada concepción jurídica del poder.

Judith Revel nos presenta a un Foucault que conecta con las reflexiones de buena parte del *postoperaismo* italiano. En este sentido, aunque a veces pueda parecer (y la discusión en nuestros días así lo demuestra) que se tensione excesivamente la filosofía foucaultiana para hacerla entrar por pasos demasiado angostos y lejanos de sus formulaciones originales, sin duda la propuesta de esta autora resulta estimulante ya que nos obliga a (re)pensar a Foucault a la luz del presente. Si hoy se quiere replantear el proyecto de una “ontología crítica de nosotros mismos” sin duda debe hacerse sobre el eje de las transformaciones en la modernidad tardía (de las que nuestro autor pese a su prematura muerte ya trató de dar cuenta) y para ello la filosofía italiana de las últimas décadas ofrece herramientas de gran valor.

La gran duda que no resuelve esta obra es saber si en esa incesante búsqueda de un hilo conductor que vertebre y muestre la “extrema coherencia” (p. 168) de la obra de Foucault, no se acaban perdiendo los elementos de discontinuidad o ruptura que el mismo autor reconoció, en aras de presentar una lógica interna que podría parecer finalmente acumulativa. La autora es plenamente consciente de que puede ser objeto de este reproche y se adelanta señalando que, del mismo modo que se transforman los sistemas de saberes/poderes que Foucault analiza, su filosofía “es también en sí, una dinámica de la extensión y del reajuste cuya linealidad resulta problemática, pero cuya coherencia radical no puede, en ningún caso, reducirse a una lógica de la corrección o de la desmentida” (p. 170).

Pese a todas las dificultades que tal interpretación presenta, si tuviéramos que inclinarnos por el Foucault de las rupturas o por el de la discontinuidad, lo haríamos por este último, entendiendo que las apreciaciones de Judith Revel se ajustan a una lectura completa de la producción del filósofo francés que refleja su complejidad y su incesante movimiento de reconstrucción.

Emmanuel CHAMORRO SÁNCHEZ